

SOBRE LA PRESENCIA DE ELEMENTOS SOBRENATURALES EN DOS CRÓNICAS CHILENAS DEL SIGLO XVI

Miguel Donoso Rodríguez
Pontificia Universidad Católica de Chile
miguel.donoso@uc.cl

Prendiéronse muchos [indios]. E preguntádoles que por qué huían tan temerosos, respondían: porque un viracocha viejo en un caballo blanco vestido de plata con una espada en la mano los atemorizaba, y que por miedo d' este cristiano huyeron. Entendido los españoles tan gran milagro, dieron muchas gracias a nuestro Señor y al bienaventurado apóstol señor Santiago, patrón y luz d' España (Vivar, Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile, p. 71).

“¡Santiago, y cierra España!” era el grito con que los españoles se infundían ánimo al entrar en combate con los musulmanes, durante la Reconquista de la península ibérica. Y tal como podremos apreciar, la tradición del apóstol guerrero que acude en auxilio de los cristianos se mantuvo incólume al otro lado del Atlántico, donde las crónicas indianas presentan abundantes apariciones de guerreros de barba blanca montados, espada en mano, en caballos resplandecientes, así como de damas de presencia luminosa y sobrecogedora que enneguecen y ahuyentan a los indios. En efecto, llama la atención, al leer en particular las crónicas del Reino de Chile, la presencia en ellas de elementos propios de la tradición medieval española, en particular en episodios donde se alude a fenómenos sobrenaturales o religiosos, elementos presentes, por lo demás, en variados testimonios cronísticos que abarcan desde el territorio del virreinato de Nueva España (México), en el norte, hasta el del virreinato del Perú (al cual pertenecía el Reino de Chile en esa época), en el sur.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la fe jugaba un papel fundamental en la vida y en la cultura medievales, ambas profundamente marcadas por el hecho

religioso. Por lo mismo, no resulta extraño que en los textos medievales encontremos sucesos como la invocación de Santiago apóstol por parte de las tropas cristianas en los combates contra los moros o la aparición milagrosa de la Virgen María en auxilio de las mismas. En efecto, ya en el anónimo *Cantar de Mio Cid* (ca. 1207) podemos ver cómo las huestes del campeador, comandadas por el valiente Pero Vermúez, invocan a Santiago antes de entrar en batalla con los musulmanes¹. Y aunque no se trate propiamente de una aparición sobrenatural, esta invocación pone sobre la mesa un tema que se repite habitualmente en los textos españoles medievales, especialmente en las crónicas: las tropas españolas que combaten contra los moros están indisolublemente ligadas a la fe cristiana, y no solo eso: necesitan de una fuerte figura a la cual admirar e invocar y que sea además representativa del ideal guerrero que sustentan. Es por esto que siempre se encomiendan, antes de entrar en batalla con los infieles, a Santiago apóstol, que encarna el ideal del santo guerrero, y a Santa María, o incluso al mismo Cristo, todo lo cual se constituyó, con el paso del tiempo, en una verdadera tradición que se asentó en el alma colectiva de los hispanos, especialmente la invocación al apóstol, desde que según la tradición este se les apareciera y les auxiliara milagrosamente en la batalla de Clavijo (Logroño), acaecida hacia el año 850 de nuestra era y en que los cristianos derrotaron a Baner Qasi Muza². El *Cantar de Mio Cid* es, aparentemente, el más antiguo texto escrito en castellano en que Santiago apóstol es invocado por los cristianos. El propio Alfonso X *el Sabio*, en su *Primera Crónica General de España* o *Estoria de España*, relata en un pasaje de la obra que Santiago se aparece en sueños al rey Ramiro I, el cual se encuentra por esos días enfrascado en un muy desigual

¹ “Veriedes tantas lanças premer e alçar / tanta adágara foradar e passar, / tanta loriga falsar e desmanchar, / tantos pendones blancos salir vermejos en sangre, / tantos buenos cavallos sin sos dueños andar. / Los moros llaman –¡Mafômat!– e los cristianos, –¡Santi Yagüe!–. / Cayén en un poco de logar moros muertos mill e trezientos ya” (*Cantar de Mio Cid*, vv. 726-32). Santi Yagüe deriva, como grito de guerra, del vocativo Sancte Iacobe.

² En la discusión acerca del apóstol universalmente venerado en Galicia dejo a un lado lo relacionado con la instauración de Santiago de Compostela como centro de peregrinación y todo lo que tiene que ver con el sepulcro del mismo Santiago, según la tradición cristiana ubicado en esa ciudad y que nos lleva a una cuestión muy debatida. Son temas en los cuales indudablemente se mezclan historia y leyenda. El apóstol y patrono de España es al parecer una simbiosis de los dos Santiagos evangélicos y a su vez reminiscencia del culto pagano precristiano a las figuras gemelas de los Dióscuros “Cástor y Pólux”, o hijos de Júpiter. Para más datos acerca de estos temas remito al capítulo 6, “Cristianismo frente a Islam”, del libro de Américo Castro *La realidad histórica de España*, cuyo primer apartado reza justamente “La creencia en el apóstol Santiago”. Puede consultarse, asimismo, la monografía *Santiago de España*, del mismo autor.

combate contra los moros, debido a que no ha querido pagarles un tributo consistente en la entrega de varias doncellas, y le anuncia que en la batalla que se producirá al amanecer (la de Clavijo) se esfuerce y no tenga miedo,

Ca yo so Yagüe, el apóstol de Jesucristo, et vengo a ti por ayudarte contra estos tus enemigos. Et sepas por verdad que tú vencerás cras [mañana] en la mañana, con el ayuda de Dios, a todos estos moros que te agora tienen cercado [...] Et porque non dubdes nada en esto que te yo digo veérmedes cras andar y en la lid en un caballo blanco con una seña blanca, et grand espada relucient en la mano. Et vos luego por la grand mañana confesarvos hedes de todos vuestros pecados muy bien [...], et pues que esto hubiéredes fecho, non dubdedes nada de ir ferir en la hueste de los bárbaros, llamando “¡Dios, ayuda, et san Yagüe!, ca ciertamiente sepas que todos los metredes a espada et los mataredes.

Santiago da cumplimiento a su palabra, ya que a la mañana siguiente se aparece a las huestes cristianas,

et esforzábalos a la batalla, et firié él mismo muy de recio en los moros, asi como a ellos semeiaba. Los cristianos, cuando vieron a Sant Yagüe, fueron muy esforzados, et fiando en el ayuda de Dios et del apóstol Sant Yagüe, comenzaron de ferir en los moros muy de recio, dando grandes voces et diciendo: “¡Dios, ayuda, et Sant Yagüe!”³.

Este Santiago convertido en matamoros viene a ser representativo de la índole militante de la existencia cristiana –recordemos la célebre frase bíblica: *Militia est vita hominis super terram* (Job 7, 1)–, donde se funde la fe evangélica con las lides militares⁴, militancia que bien puede ser asociada con el espíritu cruzado que durante la misma Edad Media convocó a la Europa cristiana a defender y recuperar los Santos Lugares, según algunos, presente también en los cristianos de la Reconquista. Sin lugar a dudas, en la creencia en Santiago se integran lo religioso y lo bélico.

³ Ambas citas en Alfonso X *El Sabio*, *Estoria de España*, p. 360b.

⁴ Allende 1996, pp. 356-57. No olvidemos que en la Edad Media las nociones de que “la vida del cristiano es milicia y el cristiano es un soldado de Cristo” están vigentes y “siempre presentes en las conciencias, por obra de sermones, tratados y biografías de santos luchadores, o de capitanes defensores de la fe” (Caro Baroja 1995, II, p. 205). En épocas posteriores, tal tradición se mantuvo, y estará en las raíces fundacionales de la Compañía de Jesús (véase Caro Baroja 1995, II, p. 206).

Aunque la intervención directa de las deidades en la batalla parece ser una tradición que se remonta a la Antigüedad⁵, la versión cristiana, con dioses y diosas que son sustituidos por la Virgen y los santos, surge en la Edad Media bajo el influjo de la cultura islámica. En efecto, “según el Corán y la tradición hasídica, Mahoma obtuvo las victorias de Badr y de Hunayn en el desierto con la ayuda del arcángel Gabriel y de cuatro mil ángeles que guerrearon de su lado contra los infieles”⁶. Tal como apunta Américo Castro, “Santiago fue una proyección de la guerra santa musulmana, y un apoyo para la guerra santa que hubieron de oponerle los cristianos”⁷. Esta tradición pasó a los cristianos durante la Reconquista y pervivirá en los conquistadores que pasarán a América, como veremos.

Al abordar el tema de la presencia de lo sobrenatural en los textos medievales, hay que tener en cuenta que no solo lo encontramos presente en los cantares de gesta o en textos más o menos históricos como las crónicas, o asociado tan solo al apóstol Santiago; se puede rastrear, asimismo, una conexión con obras literarias de muy distinto cuño, destinadas a un explícito fin didáctico o de *docere*, donde prima la devoción mariana. En ellas es María la protagonista de milagros e intervenciones sobrenaturales, salvando a ladrones de la horca, ocupando el lugar de abadesas que han huido de sus conventos o permitiendo a monjes que han vendido su alma al diablo recuperar su carta de libertad. Me refiero, por supuesto, a *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, una de las obras más representativas del mester de clerecía o poesía clerical, género que tuvo su auge en Castilla durante el siglo XIII. El autor, a lo largo de veinticinco milagros cuya fuente principal son algunas recopilaciones latinas de milagros marianos, nos recuerda la importancia que tiene la figura de María en la vida religiosa medieval, haciendo hincapié, en especial, en su rol de abogada o mediadora de quienes le son devotos, por más bajo que hayan caído⁸.

Pero lo más interesante, para nosotros, de la presencia de estos elementos sobrenaturales en los textos medievales es que los encontramos presentes, asimismo, en las crónicas americanas, las cuales tienen un carácter de continuadoras –y también de reformadoras– de la tradición cronística peninsular. Estas obras escritas sobre América, donde conviven sin problemas la más fiel historicidad con la superstición y

⁵ Así, por ejemplo, en la Guerra de Troya que se narra en *La Ilíada*.

⁶ Weckmann 1984, I, p. 199.

⁷ Castro 1954, p. 157.

⁸ Algunos de los títulos de los *Milagros* resultan bien ilustrativos de esto: *El sacristán fornicario* (2º); *El ladrón devoto* (6º); *La preñada salvada por la Virgen* (19º); *El monje borracho* (20º); *De cómo una abadesa fue preñada* (21º); *El monje Teófilo* [que hizo un pacto con el diablo] (24º), etc.

el relato fantástico, se convirtieron, debido sobre todo a su carácter histórico y por lo tanto “oficial” para relatar todo lo visto y oído, en el vehículo ideal para canalizar el siempre vivo interés de autores y receptores por elementos de la más diversa índole, convirtiendo a estas crónicas literalmente en un verdadero cajón de sastre, donde caben todo tipo de sorpresas. No resulta extraño, por lo mismo, encontrar en las crónicas, junto a la descripción minuciosa y exhaustiva de las nuevas tierras y de sus aborígenes, la presentación de paisajes fabulosos y ciudades míticas, o el relato de hechos en que se funde lo real con lo legendario. La influencia del espíritu medieval, con toda su religiosidad asociada a una fuerte carga de mitología y superstición, todavía se hace sentir en la época de los cronistas indianos, que al incorporar elementos sobrenaturales en sus textos no hacen más que dar cuenta de la omnipresencia y pervivencia del elemento religioso medieval en el espíritu renacentista⁹, aún profundamente enraizado en el cristianismo. La creencia en lo sobrenatural, tan consubstancial al alma hispánica, se asentaba profundamente en una visión del mundo que la ligaba estrechamente con lo natural. Es en esta visión que pervive arraigadamente la creencia en los milagros. Y ante esto –tal como ha señalado Américo Castro al analizar el fenómeno de la creencia en el apóstol Santiago– no es posible plantearnos con una actitud estrictamente racional:

Los milagros se creen, o no se creen, pero no se demuestran con pruebas análogas a las que hacen fe en derecho. No cabe aquí el testimonio notarial. El racionalismo ha venido caracterizando la historia más docta desde el siglo XVII, y cuesta esfuerzo escapar a sus garras. Mas hay que intentarlo, por el sencillo motivo de ser imposible medir una realidad vital con razón “racionalista”¹⁰.

Weckmann, por otra parte, comenta que muchas de las apariciones de que da cuenta en su libro “constan en documentos tan dignos de fe como la mayor parte de los que admitimos sin dudar”¹¹. Por eso, no resulta extraño que muchos cronistas indianos insistan en incluir en sus relatos bastantes testimonios de hechos sobrenaturales

⁹ Remito para este tema en general a Caro Baroja 2005 y Weckmann 1984.

¹⁰ Castro 1954, p. 151.

¹¹ Weckmann, I, p. 206. Alguna de esas apariciones, por ejemplo, consta en un Acta de cabildo. Sin embargo, para el antropólogo Julio Caro Baroja (1995, I, p. 56) el problema de la veracidad de tales apariciones es mucho más complejo, y cita el *Tratado de la verdadera y falsa profecía* (1588) de Juan de Orozco, en el cual se señala que algunas apariciones del apóstol en la Antigüedad, como la de la batalla de Clavijo, pudieron ser demoníacas. Señala, además, que en este tipo de invocaciones el apóstol entra en la categoría de lo sobrehumano, por un lado, y de lo legendario, por el otro (1995, II, p. 208).

o sucesos estrictamente milagrosos, todos los cuales son indicativos de la asiduidad de tales fenómenos.

Voy a detenerme un poco más en el origen de la presencia de estos elementos en las crónicas de Indias. Sin duda, puede resultar plausible la hipótesis de que una parte de estos fenómenos se podría explicar por el trasplante del espíritu guerrero, propio de los españoles de la época de la Reconquista peninsular, en los conquistadores que batallaban con los indios en América, tal como lo corrobora, en un estudio sobre el apóstol Santiago, el poeta chileno Joaquín Alliende:

Los castellanos habrían hecho la traslación emocional: moro igual indígena americano. Sentían que la Reconquista medieval de los reinos peninsulares de España continuaba en la ciclópica Conquista de las inmensidades de América¹².

En efecto, “acostumbrados por ocho siglos de historia a tener enfrente antagonistas de religión y cultura diferentes, los conquistadores españoles tendieron a considerar a los naturales de la Nueva España [México] como árabes”¹³. Los primeros cronistas de la Conquista de América no fueron ajenos a esta idea; algunos –López de Gómara entre ellos– concibieron la conquista como una continuación de la guerra contra los moros, y no es raro que llamen a los indígenas “moros” o “alárabes” y “mezquitas” a sus adoratorios¹⁴. Partamos, entonces, aceptando momentáneamente una primera simplificación: inicialmente, para los conquistadores los indígenas vienen a ser equivalentes a los moros o infieles. Y así como los españoles de la Reconquista peninsular necesitaban símbolos y figuras religiosas a las cuales echar mano en la difícil lucha contra los musulmanes, los de la empresa de conquista americana, enfrentados a veces a situaciones tanto o más hostiles que las de sus antepasados, también echan mano al bagaje de sus creencias y su fe. Pero aquí resulta necesario hacer una precisión, porque esto de identificar a indígenas con infieles, sin más, no es del todo exacto, dado que el gran pecado del aborigen americano no es el ser infiel, sino su ignorancia o desconocimiento invencible de Dios, tema muy tratado por los teólogos de la época y base fundamental de la defensa del indígena por parte de religiosos como Bartolomé de las Casas. Por último, no hay que descartar de plano la posibilidad de la presencia, subyacente en algunos de estos relatos, de una segunda intención consistente en la legitimación de la empresa de conquista a través de la presencia auxiliadora de la

¹² Alliende 1996, p. 360.

¹³ Weckmann 1984, I, p. 229.

¹⁴ Véanse estos y muchos otros ejemplos del trasplante de elementos y creencias medievales a América en Weckmann 1984, I, especialmente pp. 229-30.

divinidad en un proceso conquistador que era atacado por distintos flancos; y el buscar a través de ellos, por otra parte, animar y reafirmar la moral no siempre en alto de los conquistadores¹⁵.

Dejando discusiones y polémicas a un lado, lo cierto es que los fenómenos sobrenaturales aparecen en las crónicas, y son el testimonio de la fe de un pueblo y de una época. El valor histórico que estos textos poseen no nos autoriza sin más a no darles crédito; el propio Alonso de Ovalle, autor de la *Histórica relación del Reino de Chile* (1646), señala, al introducir una serie de hechos milagrosos narrados en su crónica, que se perdieron (*ergo*, existieron) los archivos en los que se encontraban los “auténticos testimonios” de cada uno de los milagros relatados. ¿Verdad o simple justificación de lo inexplicable, de la pura fantasía? Para la actual y ya bastante manoseada mentalidad racionalista, el escepticismo puede quedar instalado, pero la simple constatación de la profunda raigambre que durante esta época la fe tenía en todos los estamentos de la sociedad nos deja abiertas una serie de interrogantes.

Las obras que he utilizado en este trabajo corresponden a los dos más relevantes testimonios cronísticos escritos en Chile durante el siglo XVI. Se trata, en primer lugar, de la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*, redactada por el capitán Alonso de Góngora Marmolejo entre 1572 y 1575, cuyo manuscrito original autógrafo se conserva en la Real Academia de la Historia de Madrid. Góngora arribó a Chile como parte de los refuerzos que Valdivia trajo al reino austral desde Lima en 1549; aparentemente participó en los más importantes hechos de armas acaecidos en el sur de Chile hasta 1575, cuando termina de redactar su texto, y falleció en enero de 1576. No solo fue compañero de Pedro de Valdivia, sino que le sobrevivió largos años, y su crónica posee el mérito de ser fundamentalmente testimonial, es decir, incluye todo lo visto y oído por el cronista a lo largo de los más de 25 años que relata a través de sus páginas. En palabras del historiador Diego Barros Arana, “Góngora Marmolejo era, sin duda, un hombre de cierta cultura intelectual que sabía escribir con notable claridad y con cierta elegancia que de ordinario faltan en los documentos públicos y privados del tiempo de la

¹⁵ Weckmann, que analiza un sinnúmero de apariciones de Santiago en México, cita, respecto de una aparición del apóstol durante la Guerra del Mixtón, la opinión de un historiador liberal de Jalisco del siglo XIX, el padre Frejes, para el cual «el caso de Santiago mataindios en el Mixtón es una invención de los bárbaros españoles, quienes “para cohonestar y autorizar sus crímenes... levantan falsos y quimeras contra los santos, haciéndolos cómplices de sus maldades”» (1984, I, p. 204). Sin embargo, es el único testimonio que aduce en tal sentido, abandonando de plano tal posibilidad.

conquista; y que poseía, además, una razón que debía elevarlo muchos codos sobre la gran mayoría de los contemporáneos”¹⁶.

El otro texto que traigo a colación es el de Jerónimo de Vivar, soldado que escribe una crónica con el título de *Crónica y relación copiosa y verdadera hecha de lo que yo vi por mis ojos y por mis pies anduve y con la voluntad seguí, en la Conquista de los reinos de Chile en los 19 años que van desde 1539 hasta 1558*. Es decir, abarca hasta cinco años después de la muerte de Pedro de Valdivia. Su descubrimiento es más bien reciente (solo ha salido a la luz por primera vez en 1966, en una reproducción facsimilar acompañada de una versión paleográfica al cuidado de Irving Leonard).

Hay algo más que agregar a los efectos de este trabajo: Góngora Marmolejo, autor sencillo y de bajo perfil, es poco dado a la fantasía y a engrandecer con exageraciones los hechos bélicos y el número de los combatientes, a diferencia de otros cronistas¹⁷. Vivar, en cambio, se centra en la figura de Valdivia y la defiende a ultranza.

La primera mención de Góngora Marmolejo a un hecho sobrenatural aparece en el capítulo 11 de su crónica, en circunstancias que Pedro de Valdivia y sus hombres, después de haber fundado la ciudad de la Concepción, son atacados por más de 50.000 indios. Valdivia decide dividir sus fuerzas en cuadrillas y envía a dos de sus lugartenientes, Villagra y Alderete, a enfrentar al escuadrón indígena más cercano, ante el cual los españoles,

apellidando el nombre de Santiago, puestos en ala, con grandísima determinación rompieron con todos los soldados que llevaban, donde pareció una cosa dina de memoria, y fue, a lo que después se supo por dicho de los indios, no pudiendo sufrir tan bravo acometimiento, como vieron venir a los cristianos con aquella determinación tan grande contra ellos, no teniendo ánimo para pelear –siendo número de más de quince mil indios–, volvieron las espaldas a huir; los demás escuadrones, como vieron huir a este, hicieron lo mesmo, retirándose en su orden. Decían después que los cristianos no los habían rompido, sino una mujer de Castilla y un hombre en un caballo blanco los habían desbaratado: que ésta fue tan terrible vista para ellos que en gran manera los cegaba. Esto se publicó. Después, diciéndoles otros indios cómo los habían desbaratado tan pocos cristianos, daban este descargo; y es de creer así, porque aquel día vinieron sobre

¹⁶ *Historia General de Chile*, tomo II, p. 211.

¹⁷ Es aspecto que pone de relieve Barros Arana: “Dotado también de un juicio recto y de una notable honradez de carácter, Góngora Marmolejo se muestra equitativo y desapasionado en sus apreciaciones de los hombres y de los sucesos, de tal suerte que en la mayor parte de los casos, el historiador puede aceptar sus opiniones como la expresión de la verdad, o como algo que se le acerca mucho” (*Historia General de Chile*, II, p. 212).

la ciudad más número de cincuenta mil indios, por donde parece ser creedero fue Dios servido los cristianos no se perdiesen, y que los quiso socorrer con su misericordia¹⁸.

En el pasaje anterior destacan varios elementos. Por una parte, las tropas españolas “apellidan” (invocan) a Santiago apóstol antes de entrar en combate¹⁹. Se repite, como vemos, el esquema del relato épico (y estamos ante la gesta heroica de la conquista americana por excelencia: la Guerra de Arauco). En segundo lugar, destaca el autor la confiabilidad de su fuente, ya que no escribe según lo que los españoles han dicho, sino de acuerdo a “lo que después se supo por dicho de los indios”, y que además “esto se publicó”; no hay, por tanto, lugar a la invención: el cronista se limita a reproducir la versión de sus rivales, los indígenas²⁰.

Centrémonos ahora en las figuras que constituyen la aparición que reproduce el cronista: la primera es una mujer de Castilla, que no es otra que la Virgen María (queda clara la imposibilidad de la confusión para los indios: María adopta el atuendo del enemigo, el de una mujer castellana, bien distinto del de la mujer mapuche, lo cual les infunde más temor todavía, si cabe). Podemos agregar que María interviene en favor de los guerreros cristianos, engeguenciando con su visión y su resplandor a

¹⁸ Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. 11. Cito por el texto de la edición crítica que actualmente me apresto a publicar.

¹⁹ La costumbre de invocar a Santiago antes de entrar en combate está registrada muy tempranamente en la Conquista de América. Cortés, por ejemplo, lo hace varias veces, y no solo invoca a Santiago sino también a la Virgen y al Espíritu Santo (ver Weckmann, I, pp. 149 y ss.). Bernal Díaz del Castillo recuerda un combate en que Cortés grita “Santiago y a ellos”, señalando a continuación que “de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros” (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. 63, p. 161). Véase para más detalles la nota de Alberto Montaner a su edición del *Cantar de Mio Cid*, v. 731, p. 464.

²⁰ Refiriéndose a este mismo hecho sobrenatural pero esta vez relatado por la pluma de Vivar y Valdivia, Andrés Prieto (2001, p. 209) estima, por el contrario, que el hecho de que el cronista hable en forma indirecta, por boca de los indígenas, obedece a su intención de “no involucrar a ningún español en una actividad que, ya en el siglo XVI, era considerada sospechosa”. Sin embargo, la narración de apariciones sobrenaturales en las crónicas dista mucho de ser una actividad “sospechosa”, y si bien es cierto que la Inquisición persiguió la proliferación de revelaciones y hechos prodigiosos que se atribuían ciertas personas particulares, no existe constancia de la acción del tribunal ante este tipo de apariciones, las cuales, aunque siempre aceptadas con mucha cautela y reserva por la Iglesia, son numerosas en diversas crónicas de todo el continente. La nula intervención de la Inquisición en este aspecto parece contradecir tal aseveración.

los enemigos. El tema de la ceguera o deslumbramiento ocasionado por la divinidad cuenta con una larga tradición literaria. En la tradición bíblica, por ejemplo, hay que recordar las apariciones de ángeles en el Antiguo Testamento (a Job, Tobías, Daniel, etc.); en el Nuevo Testamento figuran apariciones del arcángel Gabriel a Zacarías, esposo de Isabel, la prima de María, y a la misma María en la Anunciación, así como del Espíritu de Dios a Saulo de Tarso, luego San Pablo, camino de Damasco. En la conquista de la Nueva España (México) son numerosos los testimonios de apariciones de la Virgen que enceguecen y confunden a los indios, tal como apunta Weckmann, y no solo los enceguece momentáneamente con su visión deslumbradora, sino que en algunos casos lo hace “arrojando polvo” o “rocío” en los ojos de los atemorizados indígenas²¹.

María es acompañada de un hombre montado en un caballo blanco, que no es otro que Santiago apóstol, de acuerdo con la descripción del Santiago militar que aparece en las crónicas medievales y en una parte importante de la tradición iconográfica²². Es la visión del Santiago Matamoros más mariano, si se quiere (al que algunas veces se le representaba con un rosario en la mano), estrechamente vinculado con María. Basta recordar toda la tradición que señala la visión que el apóstol tuvo de Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza. En esta aparición conjunta vemos presente un elemento muy importante de la tradición hispánica; en efecto,

lo que está pulsando en el corazón creyente es la misteriosa comunión entre esas dos columnas de la fe de la península, cuales son el amor a la Madre de Dios y al primer Apóstol mártir. Esta intención creyente tiene raíz en el acontecimiento de Pentecostés, cuando los Doce se encontraban “en oración con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres y de María”²³.

²¹ Véase Weckmann, I, pp. 200 y 206.

²² Tal como indica Alliende, ya no se trata del Santiago apóstol representado con la espada con la cual fue martirizado; es el Santiago militar o Matamoros, que «se trata de una representación de San Jaime el Mayor cabalgante de un caballo blanco. Blande la espada por los aires y en la mano izquierda lleva un escudo con la llamada “la roja cruz de Santiago” [...]. Bajo las patas del corcel relinchante yacen moros en derrota» (1996, p. 356). Y además, resulta representativo de la índole militante de la existencia cristiana más arriba indicada: antes los moros, ahora los aborígenes paganos.

²³ Alliende 1996, p. 358.

La visión conjunta de María y de Santiago resulta tan terrible para los indios que los enceguece: su resplandor (que suma, a la característica luminosidad de la Virgen, atributo de su pureza, la de Santiago montado en un caballo albo o resplandeciente) los desconcierta y confunde de tal manera que se ven obligados a huir. Un detalle más: según la versión del cronista, los indios, los cuales sabemos que se consideraban valientes y aguerridos como los que más, necesitan de un motivo poderoso para justificar una derrota tanto más ignominiosa cuanto segura consideraban la victoria; por esto recurren a una explicación sobrenatural que vaya en su descargo, y para este efecto no parece de menor cuantía mencionar que los seres divinos están de parte de los hombres blancos o *huincas*: contra tales portentos divinos no es posible luchar y lo más razonable ha sido salir huyendo. Incluso no podemos dejar de apreciar aquí un factor de desigualdad tremendo entre los contendientes: los cristianos son superiores no solo por las armas que emplean y porque luchan montados en caballos; en realidad, los separa un abismo, ya que a sus ansias de descubrir y conquistar nuevos territorios se suma la convicción profunda que les da la fe y el afán evangelizador, que no solo militar, que los acompaña.

Por último, hay que pensar que desde la óptica del conquistador, hombre de fe, no parece plausible una intervención divina tan solo destinada a la destrucción del enemigo: Góngora complementa el anterior pasaje dando cuenta de los beneficios que de la victoria hispana se han derivado para españoles e indios:

De la entrada que entonces hicieron [los españoles] ha resultado en este reino muchas ciudades pobladas y muchas iglesias donde se predica el Evangelio, y monesterios de religiosos que hacen con su doctrina mucho fruto entre los naturales, y grande número de indios que son cristianos y viven casados debajo de el matrimonio de la Iglesia.

Como podemos apreciar, la intervención se justifica, acorde con el espíritu misionero y evangelizador de la Conquista, por una serie de hechos positivos que se derivarán del triunfo cristiano, como lo son la fundación de nuevos centros urbanos, con sus respectivas iglesias, y de monasterios, todo lo cual, mirándolo con la perspectiva del presente de la escritura, ha posibilitado la evangelización de unos indígenas de los cuales Góngora siempre recuerda su carácter bárbaro, y que hoy haya un “grande número de indios que son cristianos y viven casados debajo de el matrimonio de la Iglesia”. De otra manera, tanta guerra y tanta muerte no tendrían justificación alguna desde el punto de vista cristiano: parece evidente que Góngora Marmolejo tiene en mente aquí la reciente polémica que habían sostenido Bartolomé de las Casas y Francisco de Vitoria con la metrópoli y el poder de los encomenderos a propósito de

los títulos de la conquista, de la guerra justa, de la dignidad de los aborígenes y el *ius gentium*²⁴.

Todo el sentido anterior se ve reforzado por el paralelo relato de Vivar, quien apunta parecida desigualdad de fuerzas (60.000 indios contra unos pocos cristianos), y similar reacción de huida de los aborígenes. Al describir el resultado de la batalla, señala que

esta vitoria hubo el gobernador [Pedro de Valdivia] con el ayuda de Dios y de su bendita madre Santa María y del bienaventurado apóstol Santiago, porque cortándole las manos a estos indios [unos que tomaron prisioneros] habló con algunos, y decían todos a una que no habíamos sido parte nosotros para con ellos, sino una mujer que había bajado de lo alto, y se había puesto en medio d' ellos, y que juntamente bajó un hombre de una barba blanca y armado con una espachada desnuda y un caballo blanco. Y visto por los indios tan gran resplandor que de sí salía, les quitaba la vista de los ojos, y que de verlo perdieron el ánimo y fuerzas que traían. Y según yo me informé d' ellos fue muy cierto ver este milagro cuando se pusieron a vista de los españoles, porque sin el favor de Dios tan pocos españoles contra tanto enemigo no nos pudíamos sustentar²⁵.

El segundo y último hecho sobrenatural presente en la crónica de Góngora Marmolejo aparece relatado en el capítulo 38, cuando los pueblos indígenas de la zona de Angol se levantan en armas y, reunidos poco más de 6.000 indios bien armados, atacan la desguarnecida ciudad de Angol, apenas defendida por veinte españoles (catorce de ellos a caballo), comandados por el capitán don Miguel de Velasco. Tras un combate heroico (de Antonio González y Francisco de Tapia dice Góngora Marmolejo que “pelearon tan valientemente que merecieron aquel día cualquiera merced que Su Majestad les hiciera”, alabando también a una mujer india que proveía de piedras a los indios yanaconas que auxiliaban a los españoles), los indios guerreros acaban huyendo en forma casi inexplicable. En efecto,

después se trataba entre los indios la gran flaqueza que habían tenido, siendo los cristianos pocos y ellos muchos, salir dél desbaratados y perdidos; afeándose, algunos [indios] principales daban por descargo no habían podido hacer más, porque una mujer andaba en el aire por cima dellos que les ponía grandísimo temor y quitaba la vista; y es de creer que la benditísima Reina del

²⁴ Remito para estos temas a Mario Góngora, *Estudios sobre la historia colonial de Hispanoamérica*, pp. 51 y ss.

²⁵ Vivar, cap. 97, p. 172.

cielo los quiso socorrer, que de otra manera era imposible sustentarse, porque las mujeres que en la ciudad había era grandísima lástima verlas llorar, y las voces que daban llamando a Nuestra Señora es cierto les quiso favorecer con su misericordia²⁶.

De este último relato se desprende, como elemento principal, de nuevo la aparición de María que enceguece y confunde a los indígenas. Pero agrega una novedad: el conocido papel de mediadora que desempeña María para con sus devotos. Las desesperadas mujeres españolas que claman por su ayuda, abandonadas a su suerte en la ciudad en medio de la cruenta batalla, hacen posible el milagro en un momento de extremo peligro en que para los españoles estaba claro que “era imposible sustentarse”. Es la perspectiva de la fe que vuelve posible lo imposible. Se trata de una María muy similar a la que aparece en el texto medieval de los milagros de Berceo. También se reitera en este pasaje la afirmación por parte de Góngora de la veracidad y confiabilidad de la fuente del milagro: ante una derrota humanamente inexplicable, dada la aplastante superioridad numérica de los aborígenes, esta vez son los indios “principales” –los caciques– los que dan fe de la aérea manifestación de la Virgen, la cual produce en ellos tan “gran flaqueza” (hay que pensar que lo que viene de arriba, del cielo, produce más pavor en la cosmovisión indígena) que les llena de “grandísimo temor” y les “quitaba la vista”; de nuevo el enceguecimiento y confusión producidos por el resplandor inmaculado de María. Alonso de Ovalle, menos preciso en su *Histórica relación* que Góngora Marmolejo, sitúa este mismo milagro durante la época de “la fundación de Chile”, señalando que después de la derrota los indios,

habiéndoles preguntado después la causa, respondieron que aunque eran pocos los españoles, y así no los temían, pero que vieron venir delante una Señora hermosísima y bella, que les venía echando polvo en los ojos y cegándolos, y obligándolos con esto a que se retirasen, como lo hicieron, sin que se atreviese ninguno a pasar adelante²⁷.

Una vez más el fin evangelizador de la Conquista queda protegido y no habrá problemas para que muchos indios se conviertan.

En conclusión, sin duda se puede hablar de una transferencia y supervivencia de ciertos elementos propios de la cultura y de la vida religiosa medievales en la Conquista americana y específicamente en los testimonios cronísticos, los cuales dan especial cuenta de la inseparable ligazón existente todavía en el conquistador entre el ámbito

²⁶ Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. 38.

²⁷ Ovalle, pp. 276-77.

de lo natural y de lo sobrenatural. Creo que la aparición de lo sobrenatural-religioso en los testimonios cronísticos no se explica solo como consecuencia de la fe y el afán evangelizador presentes en los conquistadores, sino por la pervivencia en ellos del espíritu de guerra santa proveniente de la Reconquista peninsular. En este contexto, la aparición de Santiago apóstol y de María como protagonistas de las crónicas indianas no parece casual. Aparte de testimoniar que la devoción por ellos permanecía intacta entre los conquistadores, expresa la presencia de un elemento innegable en el proceso de conquista español: el afán misionero o evangelizador se apoya en (y cuenta con) la divinidad, y aunque muchas veces conviva con otros fines bien poco altruistas, es capaz de mover y hacer trascender la titánica empresa de la Conquista.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alliende, Joaquín. "El apóstol Santiago". *Revista Humanitas* 3 (1996): 351-61.
- Alfonso X El Sabio. *Primera Crónica General de España o Estoria de España*. Madrid: Bailly-Bailliere e Hijos, Editores, 1906, tomo 1 (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vol. 5).
- Anónimo. *Cantar de Mio Cid*. Ed. A. Montaner, estudio preliminar F. Rico. Barcelona: Crítica, 1998.
- Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo II. Santiago: Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2000.
- Berceo, Gonzalo de. *Milagros de Nuestra Señora*. Ed. F. Baños, estudio preliminar I. Uría. Barcelona: Crítica, 1997.
- Caro Baroja, Julio. *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1995, 2 vols.
- Castro, Américo. *La realidad histórica de España*. México D. F.: Porrúa, 1954.
- . *Santiago de España*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1958.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Ed. C. Sáenz de Santa María. México: Alianza Editorial, 1997.
- Góngora, Mario. *Estudios sobre la Historia colonial de Hispanoamérica*. Trad. G. Rojas y M. Dawes. Santiago: Editorial Universitaria, 1998.
- Góngora Marmolejo, Alonso de. *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado (1536-1575)*. Manuscrito de la Real Academia de la Historia de Madrid [ed. crítica de M. Donoso, en preparación].
- Leonard, Irving. *Los libros del conquistador*. Trad. M. Monteforte. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.

- Ovalle, Alonso de. *Histórica relación del Reino de Chile, y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús (1646)*. Ed. Instituto de Literatura Chilena, apéndice de M. Ferreccio. Santiago: Pehuén Editores, 2003.
- Prieto, Andrés. «“Un extraño caso milagroso”: la aparición de la Virgen en los textos tempranos de la conquista de Chile». *Taller de Letras* 29 (2001): 207-15.
- Vivar, Jerónimo de. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)*. Ed. L. Sáez-Godoy. Berlín: Colloquium Verlag, 1979.
- Weckmann, L. *La herencia medieval de México*. México D.F.: El Colegio de México, 1984, 2 vols.

RESUMEN / ABSTRACT

Las crónicas iniciales de la Conquista de Chile (siglo XVI) testimonian la presencia de apariciones sobrenaturales en esa época. Santiago Apóstol y la Virgen María acuden en auxilio y ayudan a vencer a las tropas españolas que combaten con los indígenas, tal como ocurre en todas las crónicas americanas, tradición que se remonta a la Edad Media peninsular, donde similares elementos aparecen en las crónicas que relatan la guerra de Reconquista contra los musulmanes. Por eso, es posible hablar de una transferencia y supervivencia de elementos propios de la cultura y de la vida religiosa medievales en la Conquista americana y específicamente en los testimonios cronísticos, los cuales dan cuenta de la inseparable ligazón presente en el conquistador entre el ámbito de lo natural y de lo sobrenatural.

PALABRAS CLAVE: Crónicas de la Conquista de Chile, siglo XVI, Jerónimo de Vivar, Alonso de Góngora Marmolejo, elementos sobrenaturales, Santiago apóstol, Virgen María.

THE PRESENCE OF SUPERNATURAL ELEMENTS IN TWO CHILEAN CHRONICLES OF THE SIXTEENTH CENTURY

The first chronicles written on the Conquest of Chile (16th Century) attest to the occurrence at that time of supernatural apparitions. The Apostle Saint James and the Virgin Mary come to the rescue of, and help, the Spanish troops win the battles they wage against the Araucano indians. Such apparitions appear in each and every chronicle of the Spanish conquest of America, a tradition that harks back to the Spanish Middle Ages, where similar apparitions mark the war of Reconquest against the Muslim occupation. Thus, it is possible to speak of the survival in the American Conquest of elements characteristic of Medieval Spanish culture and religious life, particularly in the testimonies and chronicles of conquest, which give witness to the linkage, in the Spanish conqueror's mind, between the natural and the supernatural.

KEY WORDS: *Chronicles of the Conquest of Chile, sixteenth century, Jerónimo de Vivar, Alonso de Góngora Marmolejo, the supernatural, Apostle Saint James, Virgin Mary.*

Recibido el 5 de septiembre de 2008 Aprobado el 30 de septiembre de 2008